

ARTHUR MACHEN

La casa de las almas

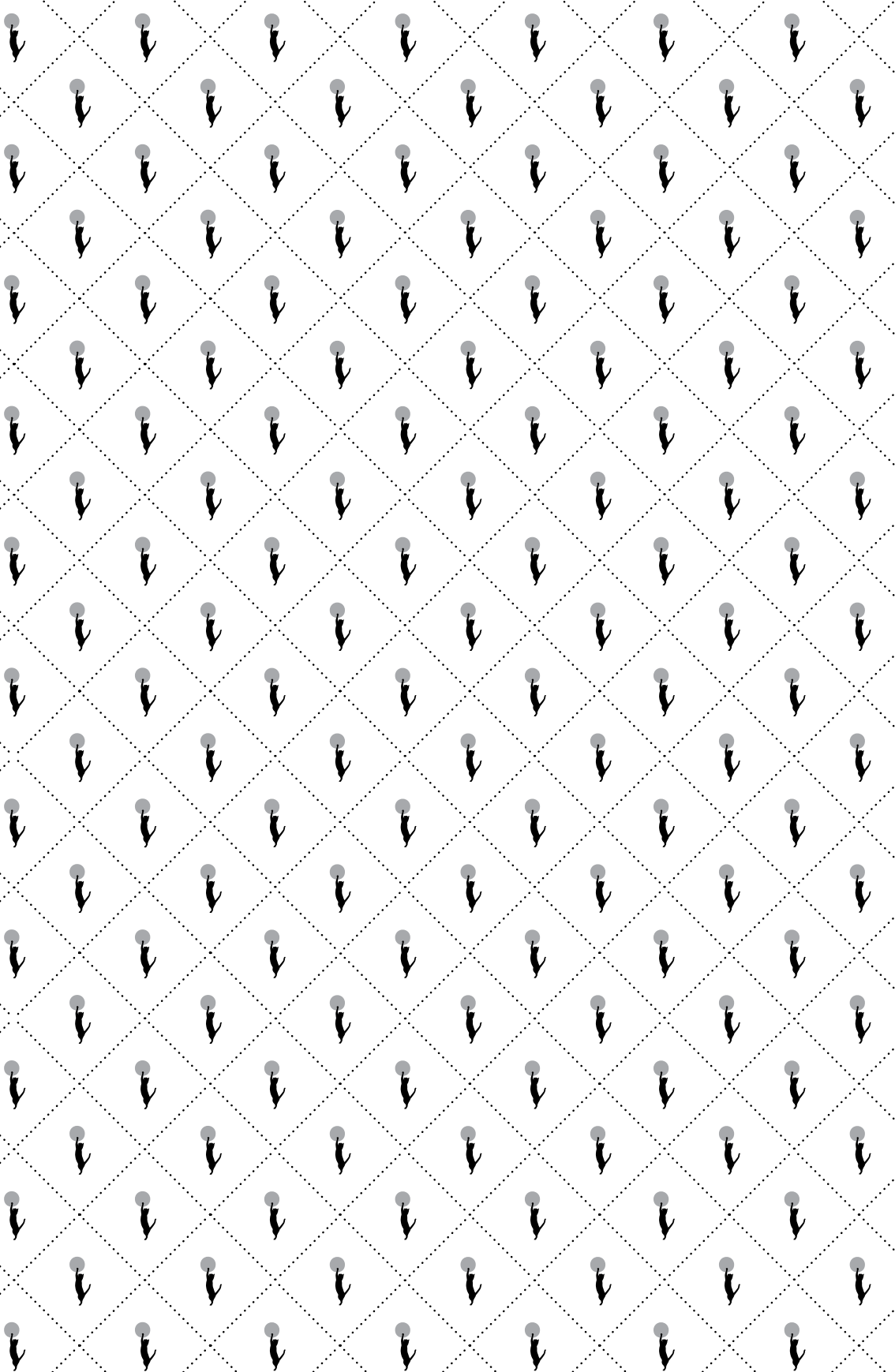
Prólogo de Guillermo del Toro

Epílogo de S. T. Joshi

Traducción de Juan Elías Tovar
y Ricardo Vinós



perlaediciones



Arthur Machen

LA CASA DE LAS ALMAS

Prólogo de Guillermo del Toro

Epílogo de S. T. Joshi

Traducción de Juan Elías Tovar y Ricardo Vinós

perlaediciones

La casa de las almas

Título original: *The House of Souls*

D. R. © 2014, The Estate of Arthur Machen

D. R. © 2011, Guillermo del Toro, por el prólogo, cedido por Penguin Classics, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

D. R. © 2011, S. T. Joshi, por el epílogo, cedido por Penguin Classics, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

D. R. © 2020, Juan Elías Tovar, por la traducción de la introducción, “Un fragmento de vida”, “El gran dios Pan” y el epílogo

D. R. © 2020, Ricardo Vinós, por la traducción de “La gente blanca” y “La luz más recóndita”

Ilustración de portada: Isidro R. Esquivel

Primera edición: agosto de 2020

D. R. © 2020, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Perla Ediciones®, S.A. de C.V.

Venecia 84-504, colonia Clavería, alcaldía Azcapotzalco, C. P. 02080,
Ciudad de México

www.perlaediciones.com / contacto@perlaediciones.com

Facebook / Instagram / Twitter: @perlaediciones

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ISBN: 978-607-988-991-3

Impreso en México / Printed in Mexico

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

perla
ediciones

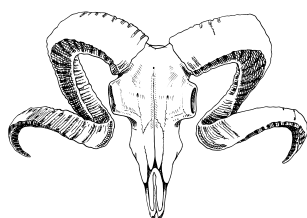


ÍNDICE



<i>Prólogo. El éxtasis de san Arthur,</i> por Guillermo del Toro	9
Introducción a la edición de 1922	13
Un fragmento de vida	25
I	27
II	57
III	77
IV	100
La gente blanca	127
Prólogo	129
El libro verde	140
Epílogo	174
El gran dios Pan	179
I. El experimento	181
II. Las memorias del señor Clarke	191

III. La ciudad de las resurrecciones	200
IV. El descubrimiento en la calle Paul	210
V. Un consejo por carta	218
VI. Los suicidios	225
VII. El encuentro en Soho	236
VIII. Los fragmentos	245
 La luz más recóndita	 253
I	255
II	265
III	269
IV	283
V	289
 <i>Epílogo</i> , por S. T. Joshi	 293



EL GRAN DIOS PAN



I
EL EXPERIMENTO



—**M**E ALEGRA QUE VINIERAS, Clarke; de verdad me alegra mucho. No estaba seguro de que pudieras tomarte el tiempo.

—Conseguí hacer arreglos para ausentarme unos días; las cosas están un poco lentas en este momento. Pero ¿no tienes reparos, Raymond? ¿Es del todo seguro?

Los dos hombres paseaban con lentitud por la terraza frente a la casa del doctor Raymond. El sol aún colgaba sobre la cordillera occidental, pero con un brillo rojo y apagado que no hacía sombras, y el aire estaba quieto. Un aliento dulce les llegó del gran bosque en la colina arriba de ellos y con él, a intervalos, el suave murmullo del canto de las palomas salvajes. Abajo, en el largo y hermoso valle, el río torcía entrando y saliendo entre las solitarias colinas y, conforme el sol se desvanecía, cernido sobre el oeste, una tenue bruma, de un blanco puro, empezó a elevarse de las orillas. El doctor Raymond volteó con brusquedad hacia su amigo.

—¿Seguro? Por supuesto que sí. La operación en sí es perfectamente simple; cualquier cirujano podría hacerla.

—¿Y no hay ningún peligro en las demás etapas?

—Ninguno; no hay ningún peligro físico en absoluto, te doy mi palabra. Siempre eres tímido, Clarke, siempre, pero conoces mi historia. Me he dedicado a la medicina trascendental desde hace veinte años. He soportado que me llamen farsante, charlatán e impostor, aunque todo el tiempo supe que iba en el camino correcto. Hace cinco años alcancé una meta y desde entonces cada día ha sido una preparación para lo que haremos hoy en la noche.

—Me gustaría creer que todo eso es verdad —Clarke frunció el ceño y miró, dudoso, al doctor Raymond—. ¿Estás seguro por completo, Raymond, de que tu teoría no es una fantasmagoría: una visión espléndida, desde luego, pero al fin y al cabo sólo una visión?

El doctor Raymond detuvo su caminata y volteó con brusquedad. Era un hombre de mediana edad, demacrado y flaco, tez amarilla pálida, pero cuando le respondió a Clarke y volteó a verlo había un rubor en sus mejillas.

—Mira alrededor, Clarke. Ves la montaña y una colina detrás de otra, como una ola sobre otra; ves los bosques y las hortalizas, los campos de maíz maduro y las praderas que se extienden hasta los juncuales junto al río; me ves parado aquí, a tu lado, y oyes mi voz, pero yo te digo que todas estas cosas, sí, desde la estrella que acaba de aparecer brillando en el cielo hasta el suelo sólido bajo nuestros pies, yo digo que no son más que sueños y sombras: las sombras que ocultan de nuestros ojos el mundo real. *Sí* existe un mundo real, aunque se encuentra más allá de este glamur y esta visión, más allá de estas “batidas en Arras, sueños en una carrera”,¹³ más allá de todo eso como detrás de un velo. No sé si algún ser humano haya levantado ese velo alguna vez, pero lo que sí sé, Clarke,

¹³ Del poema “Dotage”, de George Herbert, en *The Temple* (1633). [N. del T.]

es que tú y yo veremos esta misma noche cómo se levanta de los ojos de alguien más. Quizá todo esto te parezca un extraño disparate; tal vez sea extraño, pero es verdad, y los antiguos sabían qué significa levantar el velo. Lo llamaban ver al dios Pan.

Clarke tiritó; la bruma blanca que se acumulaba sobre el río era helada.

—Es maravilloso en verdad —dijo—. Estamos parados en el umbral de un mundo extraño, Raymond, si lo que dices es verdad. ¿Supongo que el bisturí es imprescindible?

—Sí, una ligera lesión en la materia gris, eso es todo; un reacomodo insignificante de ciertas células, una alteración microscópica que no detectarían noventa y nueve de cien especialistas del cerebro. No quiero molestarte con tecnicismos, Clarke; podría ofrecerte un montón de detalles que suenan muy imponentes y dejarte en las mismas. No obstante, supongo que habrás leído, por casualidad, en rincones escondidos de tu periódico, que en fechas recientes se han dado pasos inmensos en la fisiología del cerebro. El otro día vi un párrafo sobre la teoría de Digby y los descubrimientos de Browne Faber. ¡Teorías y descubrimientos! Donde están ellos ahora, yo estaba hace quince años, y no necesito decirte que en estos quince años no me he quedado quieto. Basta con decir que hace cinco años hice el descubrimiento al que me refería cuando anuncié que había alcanzado la meta. Después de años de trabajo, después de años de esfuerzos y de andar a tientas, después de días y noches de desilusión y hasta de desesperación, en los que a veces me daban temblores y escalofríos de pensar que quizá había otros buscando lo mismo que yo, por fin, después de tanto tiempo, una punzada de dicha me alegró de pronto el alma y supe que la travesía había llegado a su fin. Por lo que me pareció entonces, y me sigue pareciendo, un golpe de suerte, la inspiración de un pensamiento ocioso siguiendo las mismas líneas y caminos conocidos que ya

había recorrido cien veces, la gran verdad se me reveló y vi, trazado con líneas de luz, el mapa de un mundo entero, una esfera desconocida; continentes, islas y grandes océanos en los que no ha navegado ningún barco, creo yo, desde que el hombre alzó por primera vez la vista y contempló el sol y las estrellas del cielo y la tierra silenciosa debajo. Todo esto te parecerá lenguaje muy grandilocuente, Clarke, pero es difícil ser literal. Y, sin embargo, no sé si lo que trato de decir podría expresarse en términos simples y llanos. Por ejemplo, nuestro mundo ahora está en buena medida rodeado por los cables del telégrafo; el pensamiento destella de la mañana a la noche, de norte a sur, atravesando los lugares inundados y los desiertos. Imagina que un electricista de hoy de pronto percibiera que él y sus amigos sólo han estado jugando con piedritas y las confundieron con los fundamentos del mundo; imagina que este hombre viera el espacio máximo que yace abierto ante la corriente y las palabras del hombre transmitiéndose hasta el sol y más allá del sol hacia los otros sistemas, y las voces de hombres elocuentes resonando en el vacío muerto que rige nuestro pensamiento. Pensando en analogías, ésta es una bastante buena de lo que he hecho; ya entenderás un poco de lo que sentí una tarde que estaba aquí mismo; aquí estaba y vi ante mis ojos el impronunciable, el impensable abismo que se abre, profundo, entre ambos mundos: el mundo de la materia y el mundo del espíritu; vi el gran vacío hondo que se extendía, sombrío, ante mí, y en ese instante un puente de luz saltó desde la tierra hasta la costa desconocida y el abismo se cruzó. Puedes buscar en el libro de Browne Faber, si gustas, y encontrarás que para los actuales hombres de ciencia es imposible explicar la presencia o especificar las funciones de cierto grupo de células nerviosas en el cerebro. Este grupo es, por así decirlo, un terreno en renta, un lote baldío para cualquier teoría extravagante. Sin embargo, yo no me encuentro

en la misma posición que Browne Faber y los especialistas; estoy instruido a la perfección en cuanto a las posibles funciones de esos centros nerviosos en el esquema de las cosas. Con un toque puedo ponerlos en juego; con un toque, digo, puedo liberar la corriente; con un toque puedo completar la comunicación entre este mundo sensorial y... más tarde completaremos la frase. Sí, el bisturí es necesario, pero piensa en lo que ese bisturí logrará. Arrasará por completo el muro sólido de los sentidos y, probablemente, por primera vez desde que el hombre fue creado, un espíritu contemplará el mundo de los espíritus. Clarke, ¡Mary verá al dios Pan!

—¿Recuerdas lo que me escribiste? Pensé que sería un requisito que ella...

Susurró el resto al oído del doctor.

—No, no, para nada. Ésa es una tontería, te lo aseguro. De hecho, es mejor así; estoy convencido de ello.

—Tienes que pensarlo bien, Raymond. Es una gran responsabilidad. Algo podría salir mal; serías un hombre destrozado por el resto de tus días.

—No, no lo creo, ni aunque ocurriera lo peor. Como sabes, yo rescaté a Mary de la calle cuando era niña y de una miseria que con mucha probabilidad la habría matado de hambre; considero que su vida es mía para usarla como crea conveniente. Vamos, se está haciendo tarde; será mejor que entremos.

El doctor Raymond caminó por delante de regreso a la casa, a través del vestíbulo y por un largo y oscuro corredor. Sacó una llave de su bolsillo y abrió una pesada puerta, y con un gesto le indicó a Clarke que pasara a su laboratorio. Alguna vez había sido la sala del billar y estaba iluminado por un domo de vidrio en medio del techo, donde aún brillaba una triste luz gris sobre la figura del doctor mientras encendía una lámpara con una pantalla pesada y la colocaba en la mesa al centro de la habitación.

Clarke miró alrededor. Difícilmente quedaba un palmo de pared vacía; había repisas por doquier cargadas de botellas y frascos de todas las formas y colores, y en un extremo, un librerito Chippendale. Raymond lo señaló.

—¿Ves ese pergamino de Oswald Crollius? Él fue uno de los primeros que me mostraron el camino, aunque no creo que él mismo lo haya encontrado. Tiene un dicho extraño: “En cada grano de trigo yace oculta el alma de una estrella”.

No había gran cosa de mobiliario en el laboratorio. La mesa al centro, una losa de piedra con un desagüe en la esquina, los dos sillones que ocupaban Raymond y Clarke; eso era todo, excepto por una silla de apariencia extraña en el extremo más apartado del cuarto. Clarke la miró y levantó las cejas.

—Sí, ésa es la silla —dijo Raymond—. Podemos ir ubicándola en posición.

Se levantó, llevó la silla rodando hasta la luz y empezó a subirla y bajarla, desdoblando el asiento, acomodando el respaldo en distintos ángulos y ajustando el reposapiés. Se veía bastante cómoda y Clarke pasó la mano sobre el suave terciopelo verde, mientras el doctor manipulaba las palancas.

—Ahora, Clarke, ponte cómodo. Tengo un par de horas de trabajo por delante; me vi obligado a dejar ciertas cuestiones hasta el final.

Raymond fue hasta la plancha de piedra y Clarke observó con tedio cómo se encorvaba sobre una fila de frascos y encendía la flama bajo el crisol. El doctor tenía una lámpara pequeña, con una pantalla como la más grande, en un estante sobre sus aparatos, y Clarke, sentado en las sombras, miró el gran cuarto lóbrego, admirado de los extraños efectos de la luz brillante y la oscuridad indefinida contrastando entre sí. Al poco tiempo se hizo consciente de un olor curioso, primero sólo el más leve indicio del mismo, en el cuarto; y a medida que se intensificó le sorprendió que no le recordara la botica

ni el quirófano. Clarke se halló tratando en forma ociosa de analizar la sensación y, medio consciente, comenzó a pensar en un día, hacía quince años, que había pasado vagando por los bosques y las praderas cerca de su antigua casa. Era un día ardiente de principios de agosto, el calor había desdibujado los contornos de las cosas y las distancias con una tenue bruma, y la gente que observaba los termómetros hablaba de un registro anormal, de una temperatura que era casi tropical. Extrañamente, ese maravilloso día caluroso de los años cincuenta se alzó en la imaginación de Clarke; la sensación del sol deslumbrante y penetrante parecía borrar las sombras y las luces del laboratorio, y sintió de nuevo el aire caliente golpeando en ráfagas alrededor de su rostro, vio el resplandor que se elevaba del pasto y oyó el sinfín de murmullos del verano.

—Espero que el olor no te moleste, Clarke; no contiene nada dañino. Puede provocarte un poco de sueño, eso es todo.

Clarke oyó las palabras con toda claridad y sabía que Raymond le hablaba, aunque por mucho que lo intentara no lograba salir de su letargo. Sólo podía pensar en la caminata solitaria que había dado quince años atrás; era su última mirada a los campos y bosques que había conocido desde que era niño, y ahora todo se presentaba con nitidez en una luz brillante, como un cuadro, ante él. Sobre todo, hasta su nariz llegaba la fragancia del verano, el olor de flores mezcladas y el aroma del bosque, de lugares frescos y sombreados, en las profundidades verdes, extraído por el calor del sol, y la fragancia de la buena tierra, tendida por así decirlo con los brazos abiertos y labios sonrientes, predominaba sobre las demás. Sus fantasías lo hicieron vagar, como había vagado hacía mucho, de los campos al bosque, siguiendo un caminito entre el brillante sotobosque de las hayas, y el goteo del agua cayendo desde la roca caliza sonaba como una melodía clara en un sueño. Sus pensamientos empezaron a dispersarse

y a entremezclarse con otros recuerdos; el pasaje entre las hayas se transformó en un camino bajo los acebos, y en algunas partes una vid trepaba de rama en rama y lanzaba hacia arriba sus zarcillos ondulados y colgaba con uvas moradas, y las escasas hojas verde grisáceo de un olivo silvestre contrastaban con las sombras oscuras de los acebos. Clarke, en los profundos pliegues del sueño, estaba consciente de que el camino desde casa de su padre lo había llevado a un territorio sin descubrir, y pensaba en lo extraño que era todo cuando de repente, en vez del zumbido y el murmullo del verano, un silencio infinito pareció caer sobre todas las cosas y el bosque se calló, y por un momento en el tiempo quedó cara a cara con una presencia que no era hombre ni bestia, ni de los vivos ni de los muertos, sino todas las cosas mezcladas, la forma de todas las cosas, pero carente de toda forma. Y en ese momento el sacramento de cuerpo y alma se disolvió y una voz parecía gritar: “¡Vámonos de aquí!”, y luego la oscuridad de la oscuridad más allá de las estrellas, la oscuridad de lo eterno.

Cuando Clarke despertó con un sobresalto, vio a Raymond vaciar unas cuantas gotas de un fluido aceitoso en un frasco verde y apretar bien la tapa.

—Te quedaste dormido —dijo—; el viaje debe de haberte agotado. Terminé. Traeré a Mary; regreso en diez minutos.

Clarke se reclinó en su sillón, dudoso. Le parecía que nada más había pasado de un sueño a otro. Esperaba a medias ver las paredes del laboratorio derretirse y desaparecer, y despertar en Londres, tembloroso por las fantasías de su propio sueño. Sin embargo, por fin se abrió la puerta y el doctor regresó; detrás de él venía una muchacha de unos diecisiete años, vestida toda de blanco. Era tan hermosa que Clarke no se extrañó de lo que el doctor le había escrito. Ahora estaba sonrojada de la cara, el cuello y los brazos, aunque a Raymond no parecía afectarlo.

—Mary —dijo—, llegó el momento. Eres totalmente libre. ¿Estás dispuesta a ponerte en mis manos por completo?

—Sí, querido.

—¿Oíste eso, Clarke? Tú eres mi testigo. Aquí está la silla, Mary. Es muy fácil. Tan sólo siéntate en ella y reclínate. ¿Te encuentras lista?

—Sí, querido, estoy lista. Dame un beso antes de comenzar.

El doctor se inclinó y la besó en la boca con amabilidad.

—Ahora cierra los ojos —dijo.

La muchacha cerró los párpados, como si estuviera cansada y añorara el sueño, y Raymond sostuvo el frasco verde bajo su nariz. Su rostro se puso pálido, más blanco que su vestido; forcejeó con debilidad y luego con el sentimiento de sumisión que era fuerte en su interior; cruzó los brazos sobre el pecho como una niña a punto de rezar. La luz brillante de la lámpara le daba de lleno y Clarke observó transformaciones pasar veloces sobre esa cara como las transformaciones de las colinas cuando las nubes del verano pasan flotando frente al sol. Y luego se quedó tendida toda blanca y quieta, y el doctor levantó uno de sus párpados. Estaba totalmente inconsciente. Raymond presionó con fuerza una de las palancas y la silla se reclinó de inmediato. Clarke lo vio cortar un círculo, como una tonsura, en su cabello, y acercar la lámpara. Raymond sacó un pequeño instrumento resplandeciente de un estuche, y Clarke se volteó hacia otro lado con un escalofrío. Cuando se volvió de nuevo, el doctor vendaba la herida que había practicado.

—Despertará en cinco minutos —Raymond continuaba perfectamente tranquilo—. No hay nada más que hacer; sólo nos queda esperar.

Los minutos pasaron con lentitud; podían oír un lento y pesado tictac. Había un viejo reloj en el corredor. Clarke se sentía nauseabundo y débil; le temblaban las rodillas y apenas podía sostenerse en pie.

De pronto, mientras la miraban, oyeron un largo suspiro; de repente regresó el color que se había desvanecido de las mejillas de la muchacha y en eso sus ojos se abrieron. Clarke se estremeció ante ellos. Brillaban con una luz horrible, mirando a la distancia, y un gran asombro cubrió el rostro de la muchacha y sus manos se estiraron como para tocar lo que era invisible; sin embargo, en un instante el asombro se disipó para dar lugar al más espantoso terror. Los músculos de su cara se contorsionaron de una manera horrenda y temblaba de la cabeza a los pies; el alma parecía forcejear y estremecerse dentro de la casa de la carne. Era un espectáculo horrible y Clarke corrió a ayudar cuando ella cayó al suelo entre alaridos.

Tres días después Raymond llevó a Clarke a ver a Mary en su cama. Estaba despierta, rodando la cabeza de un lado a otro con una gran sonrisa vacía.

—Sí —dijo el doctor, aún bastante tranquilo—, una verdadera lástima: es una idiota incurable. Sin embargo, no pudo evitarse y, después de todo, vio al gran dios Pan.

Quizá ninguna otra figura encarne mejor la transición de la tradición gótica al horror moderno que Arthur Machen. En la última década del siglo XIX, el escritor galés produjo un cuerpo seminal de relatos de horror y de lo oculto, de corrupción espiritual y física, y de sobrevivientes malignos del pasado primigenio, que horrorizaron y escandalizaron a los lectores de finales de la era victoriana.

La casa de las almas es una colección de cuatro obras maestras del horror y el misterio, publicadas por primera vez en un solo volumen en 1906: «Un fragmento de vida», «La gente blanca», «El gran Dios Pan» y «La luz más recóndita». En palabras de Stephen King, «“El gran dios Pan” es el mejor relato de terror que se ha escrito en lengua inglesa»; para Guillermo del Toro, es prueba fehaciente de que «el mal nunca reposa: está gestando».

«Arthur Machen puede, alguna vez, proponernos fábulas increíbles, pero sentimos que las ha inspirado una emoción genuina. Casi nunca escribió para el asombro ajeno; lo hizo porque se sabía habitante de un mundo extraño.»

JORGE LUIS BORGES

«Entre los creadores modernos del horror cósmico elevado a su punto artístico más alto, pocos pueden tener la esperanza de rivalizar con el versátil Arthur Machen, autor de una docena de relatos en donde los elementos de terror oculto y amenaza siniestra alcanzan una incomparable esencia y agudeza realista.»

H. P. LOVECRAFT

ISBN: 978-607-988-991-3



FIC024000
FICCIÓN / OCULTO
Y SOBRENATURAL

perlaediciones.com

   @perlaediciones